

y se presentaba en público llevando, como el mejor de los séquitos, un verdugo vestido de rojo, arremangado de brazos, y con un montante enorme cuya empuñadura le llegaba á las cejas.

Especialmente los negros, todavía muy numerosos en aquella época, deliraban por Don Juan Manuel, venerando al mismo tiempo como una virgen milagrosa á su hija Doña Manuelita, criatura dulce, que parecía iluminar con su bondad la tétrica atmósfera del padre. Los negros habían alcanzado cierta estimación pública en las luchas por la Independencia. Algunos llegaron á hacerse célebres sacrificándose por su nueva patria. El negro Antonio Ruiz, apodado *Falucho*, que fué al Perú con el ejército libertador, y se dejó matar en 1824 en el castillo del Callao antes que seguir á los compañeros traidores, proporcionó á su raza un simpático prestigio. Los vecinos de la capital no podían olvidar que aquel negro había caído gritando: «¡Viva Buenos Aires!». Pero durante la tiranía de Rosas la gente de color fué el azote del blanco civilizado. La pasión rosista servía á estos semisalvajes, de origen africano, para dar expansión á sus instintos destructores. En muchas estancias perecían degollados los corderos merinos, con el pretexto de que el unitario Rivadavia había importado los primeros de Europa. Los perfeccionamientos en la elaboración de carnes secas implantados por Larrea, el antiguo revolucionario de Mayo é iniciador de la marina argentina, eran destruidos igualmente por la significación política de su dueño.

Como los unitarios habían aclimatado en el país muchas mejoras agrícolas y ganaderas, el populacho creíase en la obligación de destrozarse cuanto representaba progreso europeo, por ser obra de «los salvajes unitarios y sus aliados los inmundos franceses».

Rosas, que era hijo de una familia aristocrática de origen español, hacía gala de gauchesca rusticidad para agradar al populacho bárbaro. Su patriotismo consistía en vejar al extranjero, colocándolo siempre por debajo del rústico del país. Sus partidarios relataban como triunfos nacionales algunas de sus burlescas socarronerías con los representantes diplomáticos, y las humillaciones que les hacía arrostrar. Mantenía cerrados los ríos del interior al comercio universal,



CATEDRAL DE BUENOS AIRES

y desafiaba á Inglaterra y Francia, cuyas naves bloqueaban el puerto de Buenos Aires.

— ¿Qué pueden hacer esos franceses que no saben montar á caballo? — decía en una reunión pública el general Mansilla, cuñado de Rosas. Y esta fanfarronada del orgullo nacional, se la había sugerido tal vez el Dictador.

Aquel hombre cruel en sus pasiones, neurótico y bufonesco en su tiranía, se hacía adorar hasta el delirio por los federales. Era ge-

neroso con ellos. Además, impresionaba á las muchedumbres con su belleza física y sus habilidades de gaucho.

El ejército que estaba á sus órdenes, una selección de 25.000 hombres, duros y curtidos en numerosos combates, valía más que la vieja Guardia de Napoleón. Jamás gruñeron, á pesar de que el déspota los trataba con dureza.

Estos veteranos eran perros feroces, prontos á besar la mano cruel de su amo. Rosas los mantenía alejados

de las ciudades, viviendo en el desierto como frailes de la guerra, sometidos á privaciones y sin médicos que los curasen. En los combates perecían á centenares, más por la gangrena que acompañaba á sus heridas, faltas de cuidado, que por los golpes del enemigo. Sin embargo, no se quejaban, y durante veinte años adoraron á Don Juan Manuel, al que sólo veían de tarde en tarde. Cuando cayeron para siempre en Monte Caseros, los mismos unitarios no podían menos de admirar la abnegación silenciosa y grave de estos tercios casi monásticos, que habían dedicado su vida á la ingratitud de un tirano.

El período de Rosas ha sido y es objeto de minuciosos y apasionados estudios, así como de afirmaciones históricas contradictorias (1). Para algunos fué un gran patriota; para los más, un déspota. Cuando se alcanza una existencia larga y se rige absolutamente á un país durante veintitrés años, la vida del gobernante abunda en detalles para todos los gustos, prestándose á las exageraciones del entusiasmo y á las frías rebuscas de la crítica.

Nerón vivió y gobernó menos tiempo que Rosas. La Historia le ha marcado para siempre con el peor de los estigmas, y, sin embargo, cinco lustros después de su muerte todavía aparecía su tumba por las mañanas cubierta de guirnaldas, ofrenda de incógnitos adoradores.

\* \* \*

(1) Sobre Rosas se han escrito numerosos libros. No hay historiador argentino que no le haya dedicado algún estudio de elogio ó de censura. Muchas de estas obras son notabilísimas. Figura en primer término *Rosas y su tiempo*, de Don José M. Ramos Mejía, libro bellísimo y concienzudo, que en Europa hubiera bastado para hacer la reputación de un escritor. Entre los autores favorables á Rosas se destaca Don Adolfo Saldías, notable historiógrafo, con su interesante libro *Historia de la Confederación Argentina. Rosas y su época*.

Una obra muy valiosa es también la de Don Lucas Ayarragaray, *La Anarquía Argentina y el Caudillismo*, en la que estudia este autor, brillantemente, las causas que influyeron en la preparación de la época de Rosas. Otros libros meritorios de la literatura histórica argentina son *La época de Rosas*, de Don Ernesto Quesada; *La dictadura de Rosas*, de Don M. Pelliza; *Historia de Rosas*, de Don Manuel Bilbao, etc.



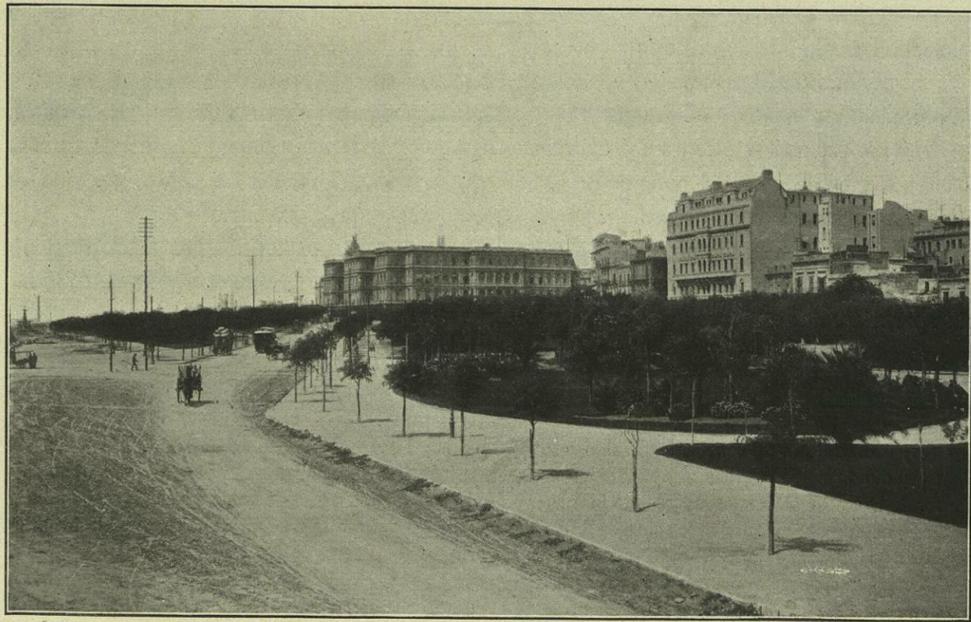
BUENOS AIRES: PLAZA DE MAYO. EN EL FONDO, UNA PARTE DEL PALACIO DE GOBIERNO

Desde que Rosas quedó de dictador al frente de la provincia de Buenos Aires, tuvo como fieles colaboradores á Estanislao López, en Santa Fe; Ramírez, en Entre Ríos y Corrientes; Bustos, en Córdoba; Facundo Quiroga, en la Rioja, Catamarca y San Luis; Felipe Ibarra, en Santiago del Estero; Aldao, en Mendoza y San Juan, y Heredia, en Tucumán, Salta y Jujuy. Todos estos caudillos pertenecían al partido *montonero*, que se titulaba federal, no siendo en el fondo más que un egoísta personalismo erigido en sistema de gobierno.

Rosas, aunque fingía ser únicamente un gobernador de provincia igual á los otros, dominábalos á todos con su astucia. Algunos le tenían miedo y procuraban permanecer lejos de él. Recordaban á Facundo Quiroga, el «Tigre de los llanos», que se sintió atraído en su rudeza por el esplendor de Buenos Aires, y vivió cerca de Rosas, para no volver más á su provincia, pues murió asesinado. La riqueza de Buenos Aires y el residir en ella los representantes extranjeros, daban á Rosas una superioridad incontrastable sobre los otros gobernadores.

Los unitarios, vejados y perseguidos, habíanse refugiado en las Repúblicas cercanas, especialmente en Chile. Un joven de San Juan, dedicado á la enseñanza, empezaba á conquistar la atención del público con sus escritos en los diarios de Santiago y Valparaíso. Se llamaba Domingo Faustino Sarmiento. Un oficial de artillería de Buenos Aires, fugitivo de la tiranía rosista, llevaba el nombre de Bartolomé Mitre. Emigrados de igual clase y nacionalidad se encontraban en casi todas las Repúblicas de la América del Sud.

En 1839 los jóvenes más intelectuales de la Argentina, dirigidos por el ilustre poeta Echegarriá, habían organizado la *Asociación de Mayo* para conspirar contra Rosas. La conspiración fué deshecha y ahogada en sangre. En el mismo año quedó vencida igualmente la titulada *Liga del Sur*, en la batalla de Chascomús, perdida por los unitarios, pereciendo sus jefes Castelli, Rico y Cramer. Además fueron asesinados, por orden de Rosas, Don Manuel Vicente Maza y su hijo el coronel Maza. Después del fracaso de la *Liga del Sur*, apenas quedaron unita-



BUENOS AIRES. PASEO DE COLÓN

rios dentro del país. Todos los enemigos de Rosas emigraron á las Repúblicas cercanas, conspirando desde ellas contra su despotismo.

Este destierro sirvió para formar el carácter de una generación, la más ilustre por su intelectualidad y su fe política que ha tenido la Argentina. Poco á poco los emigrados, esparcidos en Chile, Perú, Bolivia y Uruguay, se concentraron en la ciudad de Montevideo. La República Oriental protegía abiertamente la acción de los unitarios, colocándose frente á Rosas. Orive, por orden de éste, sitió á Montevideo, y los generales Paz y Pacheco defendieron la ciudad, que mereció el título de «Nueva Troya», al sostenerse nueve años.

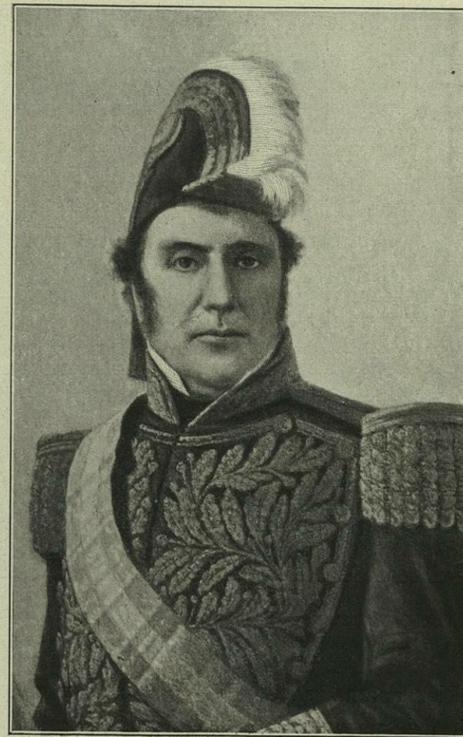
Sarmiento, Alberdi, Mitre, Don Vicente Fidel López, Don Juan María Gutiérrez, Tejedor, Frías, del Carril, Vélez Sarsfield, Gorostiaga, Godoy, Rodríguez Peña, Rivera Indarte, Don Valentín Alsina, Don Miguel Cané y otros muchos aportaron su pluma y su palabra á esta cruzada contra la tiranía. Don Florencio Varela, periodista de gran talento, combatió á Rosas en su periódico *El Comercio del Plata*, que se publicaba en Montevideo, influyendo poderosamente en la opinión de la diplomacia europea. Rosas, que ansiaba librarse de este enemigo, le hizo asesinar una noche en Montevideo, en 1848.

Las víctimas del déspota eran numerosas. Siete años antes, en 1841, las provincias del Norte fueron teatro de bárbaras ejecuciones, como lo habían sido las del Sur con su *Liga* vencida en Chascomús.

Don Marco Avellaneda, joven de veintiséis años, de gran ilustración y hermosa presencia, hijo del gobernador de Catamarca, sublevó contra Rosas las provincias de Tucumán, Salta, Jujuy, Catamarca, La Rioja y Córdoba, bajo el título de *Liga del Norte*. Orive, el caudillo favorito del Dictador, apresó á Avellaneda en Metán y lo hizo degollar en las horribles condiciones ya descritas. Poco antes de morir víctima del gauchaje feroz, este héroe de los tiempos románticos, interesante y culto como todos los unitarios, entretenía la espera de la última hora leyendo en inglés el *Don Juan*, de Lord Byron.

Los generales Lavalle y La Madrid se habían levantado al mismo tiempo contra Rosas en las citadas provincias; pero fueron derrotados y tuvieron que buscar un refugio en los Andes. Lavalle murió asesinado en Jujuy por un mulato, al que premió Rosas con el grado de capitán. El valeroso y sencillo La Madrid púsose en salvo, mientras se vengaba el tirano fusilando á sus hermanos y sus hijos.

La defensa de Montevideo daba lugar á grandes y heroicos hechos. En ella se distinguió José Garibaldi, partiendo luego á Europa en 1848 para ofrecer su espada á la República de Roma. Francia é Inglaterra, enemistadas con Rosas por sus atropellos á los europeos y la clausura de los ríos, bloqueaban el puerto de Buenos Aires. Sus escuadras realizaron una expe-



GENERAL URQUIZA



PASO DEL DIAMANTE POR EL GRAN EJÉRCITO, AL MANDO DEL GENERAL URQUIZA (Cuadro existente en el Palacio de Gobierno de Entre Ríos, Paraná).

dición Paraná arriba, pero sin resultados positivos. La situación prolongábase demasiado. ¡Un sitio de nueve años! . . . Muchos emigrados, perdida ya la esperanza, dirigíanse á Europa ó tomaban servicio en Chile y Bolivia. Hasta los gobiernos inglés y francés, cansados de una lucha sin objeto, empezaban á transigir con Rosas, buscando un arreglo diplomático. Parecía que Don Juan Manuel iba á eternizarse en el poder. Ya no quedaban enemigos suyos en el interior, y los exteriores se consumían en una lucha puramente defensiva.

Pero un hombre enérgico y de gran prestigio se levantó entonces frente á Rosas, dentro de la Argentina. Era el general Don Justo José de Urquiza, gobernador de Entre Ríos. Hasta 1851 había figurado como uno de los más fuertes sostenes de la autoridad del Dictador. Los enemigos de Urquiza han censurado su levantamiento contra Rosas, pintándolo como una traición al amigo. El general entrerriano explicó claramente el móvil de su conducta. Había sostenido á Rosas con la esperanza de que al tranquilizarse el país volvería el Dictador á la vida ordinaria, trabajando por la organización nacional. Pero al ver que, falto de enemigos y en plena paz, insistía, sin embargo, en su régimen despótico, creyó un deber de patriotismo el sublevarse contra él. Además, el tirano acababa de repetir por entonces la farsa de presentar su dimisión á los gobernadores de provincias, diciendo que estaba fatigado y deseaba retirarse. Urquiza, tomando sus palabras al pie de la letra, aceptó la renuncia.

La tiranía de Rosas representaba el atraso y la barbarie. Urquiza merece eterna gratitud por haber dado fin á este capítulo vergonzoso de la Historia argentina. El período de su mando equivale á un Renacimiento, después de la sombría Edad Media de Rosas.

Con los contingentes armados de su provincia, se dirigió el gobernador entrerriano á la República Oriental, cayendo sobre Orive y obligándolo á levantar el sitio de Montevideo. Una gran parte de las tropas de Rosas se unieron á las de Urquiza, y éste volvió á su provincia para la organización del gran ejército con el que debía asestar al déspota un golpe decisivo. Acudieron de todas partes los emigrados unitarios para engrosar el ejército libertador. Sarmiento fué el cronista militar de la expedición; Mitre mandaba una batería uruguaya; muchos gene-



EJÉRCITO ARGENTINO - COLEGIO DE CADETES

rales de brillante historia figuraban en el Estado Mayor de Urquiza. Se agolpó en torno del caudillo entrerriano lo más selecto de la nación argentina. Los Gobiernos del Brasil y Uruguay uniéronse á él con hombres y buques para combatir al déspota de Buenos Aires.

El ejército pasó el Paraná por el sitio llamado el Diamante, derrotando el 3 de Febrero de 1852 á las aguerridas tropas de Rosas en la batalla de Monte Caseros. El Dictador se refugió en un buque inglés y sus partidarios se dispersaron.

Urquiza, al día siguiente de la batalla, nombró gobernador interino de Buenos Aires al venerable anciano Don Vicente López Planes, el poeta del «Himno Argentino», que había desempeñado durante la época de Rosas la presidencia del Tribunal Supremo de Justicia. Antes de licenciar las tropas de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, y de que volviesen á su país las del Brasil y Uruguay, el ejército aliado hizo una entrada solemne en Buenos Aires, el 15 de Febrero, bajo una lluvia de flores. El vecindario saludó con grandes extremos de júbilo la muerte de la tiranía. El general Urquiza avanzaba sobre su caballo de guerra en medio de las aclamaciones y las salvas. Vestía un brillante uniforme, recamado de oro, pero llevaba sobre él un poncho y se cubría con un sombrero de copa. Así había hecho toda la campaña. El sombrero de copa con el uniforme militar usábanlo entonces algunos personajes sudamericanos como una concesión ó un halago á la burguesía de las ciudades.

Don Vicente López fué nombrado gobernador de Buenos Aires en propiedad, y Urquiza se trasladó á San Nicolás, donde había citado á los gobernadores de todas las provincias, pactando en 31 de Mayo un convenio, según el cual se reuniría en breve un Congreso para dictar la Constitución de la República. El poder ejecutivo fué confiado á Urquiza como Director provisional, dándosele, además, la representación exterior. Todos los gobernadores firmaron el mencionado Pacto, incluso el gobernador de Buenos Aires; pero al conocerse en esta última ciudad lo ocurrido, hubo tales protestas y disturbios, que López Planes presentó la dimisión. La Cámara de Representantes se la aceptó, nombrando gobernador interino al general Pinto. El vecindario porteño temía que Urquiza pudiera restablecer el despotismo de Rosas. Por esto, le trató con inexplicable ingratitud. Además, tenía miedo de perder los ricos productos de su Aduana si se federalizaba el país argentino, pasando ésta á manos de un Gobierno cen-



BUENOS AIRES. PORTADA DEL PALACIO DE GOBIERNO, LLAMADO VULGARMENTE «LA CASA ROSADA»